



## TURQUÍA

### **Erdogan y Trump: ¿Making Turkey Great Again?**



La elección de Trump como presidente de los EE.UU. no ha dejado indiferente a ninguna capital del mundo. Tampoco a Ankara, que reaccionó muy positivamente al resultado electoral, anticipando una colaboración que, quizás, pueda ser más cordial que la mantenida con la administración Obama en los últimos tiempos.

La relación entre Washington y Ankara ha sufrido un deterioro dramático, en línea con la drástica transformación de Turquía. Muy atrás ha quedado la visita de Obama al país en 2009, la primera intercontinental del entonces flamante presidente estadounidense, en la que alabó a Erdogan como un modelo para los países árabes, al ser un islamista moderado que gobernaba democráticamente. Turquía entonces destacaba como una nación que progresaba muy favorablemente, un puente entre Occidente y Oriente, un aliado sólido y de gran importancia para la OTAN e, igualmente, un serio candidato a entrar en la UE a medio plazo.

Las complicaciones de la primavera árabe comenzaron a crear tensiones diplomáticas, las cuales se multiplicaron tras una serie de manifestaciones y revelaciones de corrupción en torno a Erdogan en 2013, contra las que el líder turco aplicó una fuerte dosis de autoritarismo que, desde entonces, no ha hecho más que crecer. El grado de



tensión dio un nuevo salto en el verano del 2016, a causa de las purgas masivas, el amplio recorte de libertades y la mano dura aplicada por el presidente turco tras el fallido golpe de Estado. Al amparo de la declaración de estado de emergencia, que le permite gobernar por decreto, ha detenido o expulsado de su trabajo a más de 100.000 personas; ha cerrado más de 130 empresas de medios, incluyendo a 45 periódicos; ha puesto fin a la actividad de otras muchas empresas y bancos; y, por último, ha detenido a parlamentarios de la oposición kurda.

El malestar de Ankara con EE.UU. y la UE también ha aumentado drásticamente desde el golpe, entre otras cosas, por la percepción de que Occidente aceptó, o incluso promovió, dicho golpe. Sea esto cierto o no, la postura defensiva le permite al gobierno blindarse ante las críticas occidentales a las purgas y recortes de libertades. Ankara se muestra molesta, además, por la fría recepción de la administración Obama a las peticiones de extradición del clérigo Fethullah Gülen, considerado el ideólogo de la asonada por Erdogan y exiliado en EE.UU. desde 1999.

A pesar de todo lo anterior, la favorable reacción del presidente turco ante la elección de Trump podría resultar sorprendente, habida cuenta de la apasionada retórica anti-islam del magnate a lo largo de su campaña. Entre otras cosas,



Trump planteó una prohibición de la entrada al país a los musulmanes; se mostró abierto a cerrar mezquitas; propuso la elaboración de un registro gubernamental de musulmanes americanos en donde los seguidores de esta religión tendrían que inscribirse y, además, propuso que llevaran un carnet o identificación especial. Por todo esto, y posiblemente también por las bajas probabilidades de victoria que las encuestas daban a los republicanos, los medios próximos al gobierno turco se mostraron muy críticos con Trump durante el primer año de su campaña.

Sin embargo, esta postura cambió tras el golpe de Estado. El entonces candidato republicano hizo unas declaraciones en las que alababa a Erdogan por su resistencia frente a la asonada. También manifestó que consideraba que EE.UU. no es nadie para sermonear a otros países sobre su situación de derechos y libertades civiles. Esto le podría dar amplio margen a Erdogan para aplicar la política doméstica que considere

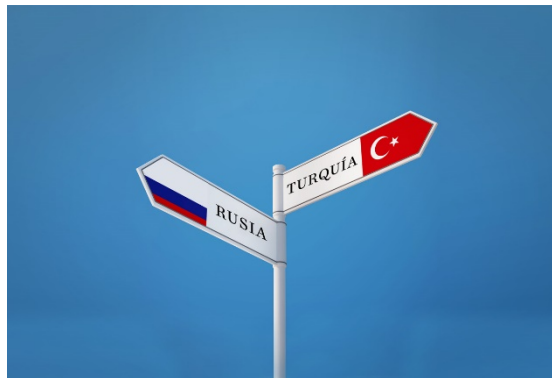
adecuada y, por ejemplo, endurecer su campaña militar contra los kurdos si lo creyera necesario. Al tiempo, las filtraciones de wikileaks mostraron que la campaña de Clinton había recibido donaciones de empresas que las autoridades turcas consideran 'gulenistas'. Así pues, en mitad



del verano, la prensa turca cercana al gobierno comenzó a informar sobre Trump desde una óptica moderada, incluso positiva. Otro aspecto que cabría resaltar es la publicación de informaciones en la prensa estadounidense sobre vínculos de negocios entre empresarios próximos a Erdogan y uno de los principales asesores de Trump, el general retirado Michael Flynn, quien se espera que sea nombrado asesor del presidente en seguridad nacional, y quien se ha manifestado públicamente a favor de la extradición de Gulen.

En todo caso, de momento se desconoce cuál será la política exterior de Trump. Si decidiera involucrarse menos en Oriente Medio, y en particular en Siria, como parece que es su deseo, los turcos podrían tener más autonomía para actuar en esta guerra pero, a la vez, necesitarían acercarse a Rusia, quien sería entonces uno de los actores externos más influyentes en el conflicto, posiblemente el más importante. De hecho, este acercamiento

ya se está llevando a cabo. Moscú y Ankara, tras ocho meses de alejamiento por el derribo de un avión ruso por parte de Turquía, han retomado su colaboración. Ésta será difícil, ya que son enemigos históricos con intereses en conflicto. En concreto, en Siria, Erdogan se ha situado firmemente en contra de al-Asad desde un principio, y ha



colaborado activamente en favor de su derrota. Rusia, en cambio, es un apoyo exterior clave del presidente al-Asad, sin el que probablemente habría caído. A pesar de todo, se pueden encontrar posibles puntos en común entre Turquía y Rusia y, por ejemplo, podrían acordar una postura más tolerante de Ankara respecto a al-Asad a cambio de una posición más dura del Kremlin respecto a los kurdos. En cualquier caso, al no haber certidumbre sobre qué camino tomará la nueva Casa Blanca, por el momento este tipo de suposiciones son meras especulaciones y, a pesar de las celebraciones, la relación entre los presidentes Trump y Erdogan sin duda se verá puesta a prueba por los numerosos intereses en conflicto en esta compleja y conflictiva región.

